

## DE QUE Y COMO SE VIVIA

En Alcázar se vivía malamente, se malvivía, de cultivar en seco los granos tradicionales de candeal, centeno, cebada, avena y titos, que, sobre ser escasos y milagroso subirlos arriba, muchas veces venía la langosta y descabezaba las siembras ya criadas.

Esto era lo fundamental y constituían ayudas más o menos importantes, el yeso, la barrilla y la ganadería, con algún que otro olivar o viña.

Un grupo reducido de artesanos atendían las necesidades del Común en la herrería, carpintería, zapatería o carretería.

El camino sostenía un comercio pobre del que daban fe, como del villano bullir, varios deslustrados escribanos, de no mucha mayor riqueza mental que la pobreza manifiesta de los cultivadores del suelo salitroso.

La indigencia era general y circunscrita a las bases puntualizadas por Coralio, de nacer, crecer y morir, como las plantas esteparias de ciclo corto y pinchos afilados.

Merecería la pena, ya que ha salido, dedicar aquí algún comentario a la mente quevedesca de Coralio, porque muchos se preguntarán algún día, o acaso se lo pregunten ya, quién fue el hombre que pasó por la vida alcazareña dejándonos ese eco de aguda penetración, sin ninguna otra señal. Será una leyenda más que una realidad y al oírle mentar o celebrar un dicho, la gente mirará al espacio oteando el paso del mosquito volador. Y esa es la verdad, porque una mente

de esa agilidad no puede estar parada, tiene que volar observando el melonar para posarse en la flor elegida, clavar, chupar y otra vez a volar.

Realmente se personalizó en él toda nuestra capacidad crítica, porque si alguna cosa no dijo de las que se le atribuyen, debería haberla dicho.

Los procesos mentales son como el aire, invisibles e impalpables, que nos dejan el recuerdo del azote o del sonido, y eso será Coralio, un eco o el recuerdo de lo ido, que se buscará siempre por encima de las cabezas de los reunidos.

Cuando se muera no quedará nada de algo que fue tan propio y miraremos al cielo exclamando:

—¿Eh? Por ahí va; es el mosquito nuestro, que no lo perdemos, porque entre todos lo hicimos y fue tan bueno que nos dio lo que le dimos y se fue de vacío, con gesto excéptico.

A Coralio le falta un mote de bandera que perpetúe su memoria como merece y ya se ha muerto el que se lo pudo poner, el espíritu cáustico de Enrique Molina que clavaba el rejo, como la avispa y salía volando, sin ensañamiento.

La culpa de que no haya brotado ese mote la tiene Cirilo, su padre, porque en la época del furor de los nombres huecos, sin almendra o con ella seca y consumida antes de formarse, como les pasa a los frutos que no llegan a granazón, época que en Alcázar fue fecunda, le puso el nombre que tiene y por no haber otro entonces, la gente se